

La Cinta

M.C. Andrews



zafiro[♥]

Biografía

M. C. Andrews nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de toda Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos, de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela (Esencia, 2012).

Siempre había pensado que el sexo era una vía de escape, en mi caso, la única con la que podía satisfacer por completo mi necesidad de tener el control. Ahora sé lo equivocado que estaba. Me llamo Daniel Bond y ésta es parte de mi historia...

—¡No, no, no!

Mis propios gritos me despertaron y me senté en la cama, sudando. Hacía meses que no tenía una pesadilla tan vívida y angustiada. Respiré hondo y me pasé las manos por el pelo y por la cara. Odiaba despertarme así, sintiéndome de nuevo como cuando era un niño pequeño.

—Mierda —mascullé resignado, al poner los pies en el suelo. Fui hasta el baño de mi dormitorio y me eché agua en la cara—. Tranquilízate, Daniel —me dije, mirándome al espejo.

Observé cómo me resbalaban las gotas por el rostro y apreté la mandíbula para controlar el temblor que aún podía sentir en mi cuerpo. Estaba en mi apartamento, solo, lejos del mundo que había reaparecido en mis sueños. Al parecer, había conseguido eliminarlo todo excepto los recuerdos.

Salí del baño y me dirigí al comedor, donde me serví un whisky. Beber no me gustaba demasiado, pero en noches como ésta hacía una excepción. El alcohol daba fuerza a los demonios, yo lo sabía mejor que nadie, pero notar el líquido quemándome la garganta siempre me hacía reaccionar.

Subí la escalera que conducía al piso de arriba del apartamento y me acerqué a la ventana. Las sombras de los rascacielos se erguían impertérritas en medio de la oscuridad; eran los únicos testigos de mi desasosiego y así era como quería que siguiese siendo. Hay gente que está sola pero vive con el convencimiento de que algún día dejará de estarlo, personas que sueñan con encontrar a una persona que lo comparta todo con ellas. Yo no.

Me terminé el whisky y dejé el vaso en el suelo.

Yo no podía imaginarme con nadie. Sencillamente, era algo que sabía con absoluta certeza que jamás sucedería; lo sabía con la misma seguridad con que sabía que no podía volar o que, no sé, digamos, la Tierra es redonda. Y no me importaba. De hecho, lo prefería.

Respiré hondo de nuevo y apoyé la frente en el cristal. Abrí y cerré las manos y luego me froté la nuca. Estaba muy tenso.

Demasiado. Me aparté de la ventana y, al dar media vuelta, mis ojos se detuvieron un instante en la cama, que ocupaba casi todo el espacio de la habitación. Hacía mucho tiempo que no la utilizaba. Quizá era eso, pensé de repente, sentándome en el sofá de piel que había junto al ventanal y que era el otro único mueble del dormitorio.

Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer; la última había sido una gran decepción y no había servido de nada. Victoria, se llamaba; sí, no tendría que haberme acostado con ella. Menos mal que no la había llevado allí.

Las mujeres me parecen las criaturas más maravillosas de la Tierra y, sin embargo, últimamente ninguna había conseguido interesarme. Oh, sí, sé que se fijan en mí, en mi aspecto, en mi cuenta corriente, en mi bufete, pero ninguna es sincera. Y empiezo a estar cansado de tantas mentiras.

Me levanté del sofá y volví a acercarme a la ventana. Estaba saliendo el sol. ¿Cuánto rato llevaba despierto? Solté el aliento y me agaché para recoger el vaso del suelo. No serviría de nada seguir dándole vueltas; hace tiempo que tengo asumido quién soy y no voy a disculparme por ello ante nadie, y mucho menos para echar un polvo.

Volví a mi dormitorio y me puse la ropa de deporte. Todavía era temprano para ir a la piscina privada del bufete, así que salí a correr. Ya tendría tiempo de nadar después.

Regresé una hora más tarde y el portero de mi edificio tuvo que contenerse para no levantar las cejas hasta debajo de la gorra cuando me vio entrar.

—Buenos días, señor Bond.

—Buenos días —contesté.

Iba sudado y del cuello me colgaban los auriculares del iPod. Correr por Londres a esas horas de la madrugada, aunque el tiempo fuese todavía relativamente agradable, era sin duda poco recomendable. Yo no solía hacerlo, prefería nadar, pero en ese momento me había servido al menos para alejar de mi mente los últimos restos de la pesadilla.

Me saqué la llave del bolsillo, una única llave que siempre llevaba suelta, y entré en mi apartamento dispuesto a ducharme y a empezar el día siendo de nuevo el de siempre.

Normalmente iba a trabajar en coche. Aunque el bufete estaba en el centro de la ciudad, Patricia, mi socia, y yo habíamos tenido el acierto de comprar varias plazas de aparcamiento, así que no tenía que preocuparme por eso. Pero como todavía era temprano, ese día

decidí ir a pie, así me aseguraría de llegar con la mente completamente despejada.

Recorrí las calles dejando que el entorno me distrajese, me fijé en los camiones de reparto, en los quioscos, en las prisas que invadían a muchos de los transeúntes. Nadie parecía reparar en mí. ¿Por qué iban a hacerlo? A simple vista yo era igual que los demás, aunque tuviese la perenne sensación de que no encajaba.

Estaba a una manzana del bufete cuando la vi. El resto de la ciudad desapareció de su alrededor. Londres entero podría haberse ido al mismísimo infierno y no me habría dado cuenta. Sólo la veía a ella. Era una chica normal, pero la reacción que me provocó distaba mucho de serlo. Y eso que sólo le veía la espalda.

Me detuve y esperé unos segundos. Ella caminaba nerviosa, con unos zapatos de tacón que no parecían encajar con sus andares curiosos, y tenía las piernas más bonitas e increíbles que había visto nunca. Unas piernas que ya podía imaginarme alrededor de mi cintura, o... atadas a los pies de la cama. Sacudí la cabeza para ahuyentar esa fantasía; sin embargo, seguí mirándola.

Llevaba el pelo recogido, un bolso y un maletín que parecía nuevo.

Se paró frente al edificio en el que está mi bufete.

¿Sería una cliente? ¿Una abogada de la competencia? ¿Alguien de la fiscalía? ¿O sencillamente alguien que se había detenido un segundo para tomar aire y luego seguiría adelante y desaparecería para siempre?

Aceleré el paso casi sin darme cuenta. No iba a permitir que se esfumase de repente. No sin antes verle la cara.

Cuando la vi entrar en mi edificio, respiré aliviado. No tenía de qué preocuparme; averiguaría quién era y me la llevaría a la cama. De pronto, noté que la tensión que no había conseguido quitarme de encima después de aquella horrible pesadilla desaparecía.

Sí, hacía demasiado tiempo que no me interesaba ninguna mujer, pero a juzgar por la reacción de mi cuerpo sólo viéndole la espalda a aquella desconocida, eso estaba a punto de cambiar drásticamente.

Aunque quizá ella no estuviese dispuesta a... No, eso era impensable. Yo siempre consigo lo que quiero.

Entré sin darle los buenos días a Peter, y algo debió de ver el portero en mi mirada, porque no me dijo nada.

Quería seguir observándola en silencio. La chica estaba de pie

frente a los ascensores, balanceándose nerviosa sobre los pies, apretando y aflojando los dedos con los que sujetaba el maletín. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

Necesitaba verle la cara, averiguar si sus ojos me fascinarían o me dejarían indiferente y volvería a sentirme tan vacío como en los últimos tiempos. Me acerqué y tuve la sensación de que todos y cada uno de los poros de mi piel empezaban a despertarse. Nunca había sentido esa clase de atracción tan repentina, tan animal, por nadie. Respiré hondo y la cosa empeoró, porque el suave aroma de su perfume se me metió por la nariz y me excitó como un chico de quince años. Di gracias a Dios por llevar puesta una americana.

Detecté el preciso instante en que ella notaba mi presencia, incluso habría jurado que oí cómo se le alteraba la respiración. O quizá fuera la mía.

—Buenos días —dije; fue lo único que fui capaz de pronunciar.

Ella volvió la cabeza y me miró sin decir nada y, por un instante, me pregunté si estaría aún en medio de mi pesadilla. Quizá aquel rostro se deformase de repente y se convirtiera en uno de los monstruos de mi pasado. Pero no fue así; tras mirarme algo confusa unos segundos, la chica respondió.

—Buenos días.

No pude evitar sonreírle. Era real y eso significaba que tarde o temprano podría tocarla. Tarde o temprano averiguaría el sabor de aquella piel, el olor de su pelo, que entonces sin duda llevaría suelto, el tacto de aquellos labios. Entramos en el ascensor y le pregunté a qué piso iba. Lo habría hecho con cualquiera, pero en ese caso necesitaba saberlo para luego poder averiguar quién era.

—Al veinticuatro.

«Mi bufete.»

El corazón se me aceleró. ¿El corazón? ¿Desde cuándo intervenía éste en aquel tipo de situaciones? Daba igual. Apreté el botón que la conduciría a mi oficina, a mis redes, y luego el del piso veintiséis.

Ahora que sabía que no me costaría lo más mínimo averiguar quién era y dónde encontrarla, lo mejor sería que fuese a nadar un poco antes de hablar con ella.

El ascensor se detuvo por el camino y subieron tres mujeres que me observaron con descaro. No soy engreído, pero sé cuándo alguien me devora con los ojos, y ninguna de esas tres damas fue especialmente discreta. Pero me gustó que lo hicieran, porque así

pude ver cómo mi misteriosa desconocida las fulminaba con la mirada. Ella también estaba interesada.

Dios, estaba tan excitado que si hubiésemos estado solos no habría dudado en detener el ascensor y besarla. La habría acorralado contra la pared, ella me habría rodeado la cintura con las piernas y yo...

Apoyé la cabeza en la pared de madera y respiré hondo. Su perfume volvió a asaltarme y, cuando giré la cara, la encontré mirándome. Nunca había tenido la sensación de que unos ojos me quemaban la piel, pero los de ella parecía que pudiesen derretirme en cuestión de segundos.

Tenía que poner fin a aquello. O llegar hasta el final. Miré el panel de botones del ascensor y me planteé seriamente la posibilidad de detenerlo allí mismo y lanzarme sobre la chica; a la mierda las otras mujeres presentes, si querían, podían mirar. A mí no me importaba lo más mínimo, pues por primera vez en mucho tiempo volvía a sentirme vivo. Pero al mirar los botones, vi que el ascensor acababa de detenerse en el piso veinticuatro y que ella no se había dado cuenta.

Estaba tan confusa y absorta como yo. La vi lamerse el labio inferior y me lo imaginé sobre mi cuerpo.

—El piso veinticuatro, señorita —la avisé, porque lo otro que quería decirle, «Desnúdate y deja que te toque», no podía expresarlo.

Ella salió y yo me fui a la piscina. Tendría que nadar el doble o el triple de lo habitual para librarme de aquella erección y poder entrar en el bufete como una persona civilizada. Cerré los ojos y deseé que el agua estuviese helada; si no, tendría que quedarme allí el día entero.

Después de nadar un rato y de darme otra ducha de agua fría, me acerqué al espejo y volví a afeitarme. Lo había hecho ya después de correr, pero era de madrugada y estaba medio dormido, así que aproveché entonces para rasurarme bien. Luego me puse el traje, me peiné y bajé con el pelo todavía mojado al bufete. No quería correr el riesgo de que mi desconocida desapareciese.

No llevaba ni diez minutos en el despacho cuando Stephanie, mi temible y eficaz secretaria, me llamó para recordarme que tenía programada una reunión con Patricia para entrevistar a una nueva abogada. Al parecer, era hija de la mejor amiga de infancia de mi socia.

Patricia Mercer y yo somos los únicos socios del bufete y la verdad es que funcionamos muy bien. Tenemos una relación peculiar, pese a nuestra diferencia de edad: ella debe de estar sobre los

cincuenta, aunque no lo aparenta, así que tiene unos quince años más que yo.

La conocí hace años, cuando Patricia trabajaba para un viejo carcamal y yo para la fiscalía. Ella perdió un caso contra mí y, al terminar, la encontré en el pasillo del Old Bailey, discutiendo con el viejo carcamal. Fui testigo involuntario de su dimisión y, cuando el hombre se marchó, yo me acerqué a ella para consolarla, creyendo que la encontraría llorando, pero estaba muerta de risa. Fuimos a tomar una copa y meses más tarde abríamos Mercer & Bond, nuestro bufete, que ha llegado a convertirse en uno de los mejores de Inglaterra.

Los dos habíamos pasado por muchas cosas juntos, buenas y malas, pero la mejor fue redactar un sólido acuerdo de socios. Nuestro bufete seguía adelante y los dos estábamos allí, así que sin duda tenía que serlo. Uno de los puntos del acuerdo decía que las contrataciones de nuevos abogados debíamos aprobarlas los dos, para así evitar posibles errores.

—Mierda —mascullé.

Si quería encontrar a la chica del ascensor no podía perder más tiempo, pero tampoco podía dejar plantada a Patricia. Miré el reloj y me pasé la mano por el pelo. Cuanto antes fuese a la sala de reuniones, antes terminaría con el asunto. Seguro que la hija de la amiga de Patricia sería una buena abogada; si no, ella no habría accedido a entrevistarla. Mi socia tiene carácter y nunca metería en nuestro bufete a una incompetente sólo por compromiso.

Fui a la sala de reuniones y vi que ellas todavía no habían llegado. Decidí entrar de todos modos y esperarlas allí.

Cuando se abrió la puerta, me quedé sin aliento. Era la chica del ascensor.

Se llamaba Amelia Clark.

Patricia nos presentó, pero yo la oí quedamente, porque los latidos de mi corazón me bloqueaban el oído.

Mierda.

El destino es un hijo de puta muy cruel. Las imágenes de los dos juntos no habían cesado de repetirse en mi mente desde que la había visto en la calle y se negaban a desaparecer. Pero en esas circunstancias era imposible que pudiese hacer nada respecto a mis planes con ella. A no ser... a no ser que Amelia Clark no trabajase en el bufete.

Yo sí era un hijo de puta por estar planteándome algo así. Pero no soy uno de esos cretinos que utilizan su poder para llevarse a alguien a la cama y, por tanto, no podía admitirla en nuestro bufete.

«Pero tú no vas a perjudicarla... —me susurró mi conciencia. Sí, mi conciencia tiene una moral muy dudosa—. Tú vas a encontrarle otro trabajo, uno mejor que éste, el que ella quiera, y así podrá convertirse en tu amante.»

Bueno, la idea no estaba mal.

«¿Lo ves?», se alegró mi conciencia

Pero ¿qué demonios estaba pensando?

Patricia me estaba mirando y, si no quería que sospechase nada, no tenía más remedio que comportarme con naturalidad. Me acerqué a Amelia y le tendí la mano, igual que haría con cualquiera. Pero cuando noté su piel bajo la mía, no reaccioné como con cualquiera, sino que alargué el dedo índice para palparle el pulso y, al sentir que se le aceleraba, el mío hizo lo mismo.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Era una locura. Tenía que

poseerla cuanto antes o alejarme de allí sin perder tiempo.

«Yo no soy así —me decía—, yo no me dejo llevar por las reacciones de mi cuerpo, ni por las miradas de chicas a las que podría comerme para desayunar.»

Me puse furioso con ella y conmigo mismo. Todo aquello era culpa de la falta de sueño, de la pesadilla de la noche anterior y de que Amelia Clark fuese la primera —y única— mujer que me miraba como si realmente me estuviese viendo.

Esa última frase me hizo reaccionar y supe lo que tenía que hacer. No la admitiría en el bufete. Podía hacerlo, al fin y al cabo, soy uno de los socios. Por desgracia, Patricia no parecía dispuesta a ceder con facilidad y, cuando una de mis preguntas a la señorita Clark fue, lo reconozco, algo irrespetuosa y la chica me plantó cara, comprendí que debía tomar medidas más drásticas.

—¿Podemos hablar un momento, Patricia?

Por el modo en que mi socia me miró, supe que ella estaba a punto de pedirme lo mismo. Salimos de la sala de reuniones y fuimos hacia mi despacho. Mientras recorríamos el pasillo, Patricia no dijo nada, pero en cuanto cerré la puerta y nos quedamos a solas, me espetó:

—¿Se puede saber qué te pasa, Daniel?

—No me pasa nada.

—A mí no me vengas con tonterías. Te conozco. Nunca te había visto ser tan maleducado con nadie. Has estado a punto de pedirle a Amy que te enseñe el título.

¿Amy? Ese nombre no le pegaba nada; la hacía parecer una colegiala y no la mujer sensual que en realidad era.

—Pretendía demostrar que no está preparada para trabajar con nosotros —afirmé, colocándome bien los puños de la camisa—. Nada más. Lamento si mi método te ha parecido excesivo.

—¿Excesivo? —Enarcó las cejas—. Te has comportado como un canalla. Y tú no eres así. Fuera del bufete serás lo que seas, Daniel, pero aquí dentro siempre te he visto como uno de los mejores abogados que conozco, así que no empieces ahora a comportarte de otro modo.

—Le pediré disculpas a la señorita Clark, pero no aceptaré que entre a trabajar en el bufete.

No podría soportarlo. Sólo la había visto unos minutos en el ascensor y en aquella sala de reuniones y ya estaba convencido de que nunca más podría volver a entrar en esos dos lugares sin

excitarme.

—Oh, sí, sí vas a aceptarlo —replicó Patricia con los brazos en jarras—. Y no sólo eso: ahora mismo entrarás en esa sala y le dirás a Amy que lo sientes y que estás encantado de que venga a trabajar con nosotros.

—No haré tal cosa. La señorita Clark no está preparada... —me mantuve yo en mis trece.

—Nadie lo está, Daniel. Pero Amy es brillante y nos hace mucha falta una persona en el departamento Matrimonial. David está desbordado y ahora, con el divorcio de los Howell, aún más. Amy fue la primera de su promoción, todos sus profesores querían recomendarla a bufetes importantes.

—Pero ella eligió irse a un maldito pueblo —le recordé yo, haciendo referencia al último trabajo de la chica.

—Ha ejercido todo este tiempo. Oh, vamos, Daniel, no eres tan esnob como para creer de verdad que el derecho es distinto si lo practicas en la gran ciudad —se burló.

Apreté la mandíbula e inspiré hondo. No iba a ceder.

—Que haga lo que quiera, Patricia, pero no la quiero aquí.

Ella me miró a los ojos y vio algo en ellos que no me gustó que viese, porque, acto seguido, su postura cambió.

—¿Qué te pasa, en serio? ¿Ha pasado algo con tu tío...?

—Mi tío no tiene nada que ver con esto y, como ya te he dicho, no me pasa nada. Sólo me preocupo por el bufete.

Si Patricia creía que metiendo a mi tío en la conversación me iba a distraer, estaba muy equivocada.

—Yo también me preocupo por el bufete. Y Amy va a quedarse. En el acuerdo de socios establecimos que los dos teníamos derecho a escoger unilateralmente a alguien en cierto momento; pues bien, yo elijo a Amy.

—¿Vas a malgastar ese privilegio con la señorita Clark? Esa cláusula la pusimos para cuando quisiéramos contratar socios adjuntos.

—No creo que la esté malgastando. Amy se queda, Daniel.

—Está bien, pero cuando dentro de dos semanas se vaya llorando porque no soporta la presión, no digas que no te lo advertí.

Ella me sonrió como el gato que se ha comido el canario.

—No te lo diré, y ahora ve a decirle a Amy que está contratada.

Salí hecho una furia y tuve que contenerme para no dar un portazo. Patricia se había salido con la suya, pero no por mucho

tiempo. Según habíamos acordado, o mejor dicho, según había decretado ella, yo tenía que decirle a «Amy» que estaba contratada, pero eso no significaba que la chica tuviese que aceptar.

Entré en la sala de reuniones y me dije que mi cuerpo no volvería a reaccionar al verla. No me sirvió de nada, así que opté por acercarme a una ventana y fingir que miraba fascinado la silueta de Londres.

—Patricia va a obligarme a contratarla, señorita Clark. Según nuestro acuerdo de socios, ella y yo debemos aprobar juntos todas las contrataciones, pero ambos tenemos ciertos derechos de veto, o de imposición, como quiera llamarlos. Patricia va a ejercer el suyo porque dice que usted es hija de su mejor amiga y porque cree que está más que capacitada para ocupar la vacante de mi departamento. —Sin moverme de donde estaba, continué—: Supongo que se preguntará por qué le estoy contando esto.

—Sí, así es —me dijo ella y, con el rabillo del ojo, vi que iba a levantarse de la silla. Tenía que impedirselo.

—No se levante —le ordené con rudeza. Si yo seguía de pie, al menos podía seguir manteniendo la ilusión de que tenía el control—. ¿Sabe por qué tengo el pelo mojado, señorita Clark?

Debía hacerle entender que lo mejor para todos —para ella sin duda— sería que se fuera a trabajar a otra parte. Quizá Amelia no fuese consciente de ello, pero sus ojos no dejaban de seguir las gotas de agua que todavía me resbalaban por la nuca, y su mirada me estaba volviendo loco.

Dos personas no reaccionan así sin que haya consecuencias.

—No.

—En el último piso hay un gimnasio privado con piscina. He tenido que nadar un rato por su culpa.

—¿Por mi culpa? —repitió confusa.

Dejé de resistirme y me volví. No podía seguir para siempre pegado a la ventana. Tenía que acercarme a ella y comprobar si mi cuerpo seguía reaccionando igual que en el ascensor o si sencillamente me lo había imaginado.

Giré su silla poniéndola de cara a mí y me planté delante, atrapándola entre la mesa y mis piernas. Estábamos a escasos centímetros uno del otro, las perneras de mi pantalón rozando sus rodillas. Apreté la mandíbula y la miré a los ojos. Amelia Clark no tenía ni idea de todo lo que quería hacerle.

Vi que ella también se sentía atraída por mí, pues tenía la

respiración acelerada, las pupilas dilatadas y se lamía el labio inferior cuando creía que yo no me daba cuenta. Pero Amelia Clark no era ni de lejos la clase de mujer con la que yo me acostaba. La clase de mujer que yo me follaba.

Y, sin embargo, la deseaba como nunca había deseado a nadie.

Coloqué las manos a ambos lados de la mesa para contener las ganas que tenía de cogerla en brazos y besarla. No, besarla no. Quería devorarla, morderla, capturar aquel maldito labio inferior suyo entre los míos. Recorrerle el cuello con la lengua. Levantarle la falda mientras la sentaba en la mesa...

Joder, tenía que parar e irme de allí.

—No puede trabajar aquí, señorita Clark. Le he pedido a Patricia que me deje entrevistarla a solas y ella ha accedido —mentí—. Cuando Patricia venga, usted le dirá que lo ha pensado mejor y que cree que Mercer & Bond no es lugar para usted.

—¿Y por qué voy a hacer tal cosa?

«Porque si no, voy a echarte un polvo cada día en medio del pasillo.»

—Porque yo se lo pido —fue lo que dije—. Y porque me encargará personalmente de que encuentre trabajo en el bufete que más le guste de la ciudad.

—¿En el que más me guste?

—En el que más le guste —confirmé aliviado.

—El que más me gusta es Mercer & Bond.

Amelia Clark no iba a ceder y, aunque una parte de mí estaba furiosa, otra jamás se había sentido tan viva. Nunca antes me había encontrado con una mujer que me desafiase de aquel modo tan descarado, y los efectos que eso estaba teniendo en mi cuerpo eran cada vez más evidentes.

—¿Acaso no se da cuenta de lo que está pasando, la señorita Clark?

Sólo nos faltaba tocarnos, y mis manos se morían de ganas de hacerlo. Nuestros ojos ya habían recorrido nuestros cuerpos y, en mi imaginación...

—Puedo hacer el trabajo, señor Bond.

—¿Usted cree?

Si ella iba a fingir que sólo estábamos hablando del trabajo, no iba a seguirle el juego.

—Sé que puedo hacerlo.

«¿Y cómo lo sabes? —le habría preguntado—. ¿Cómo puedes

afirmar que serás capaz de pensar en algo que no sean mis manos sobre tu piel?»

¿Cómo era capaz de decir eso cuando su pulso se aceleraba sólo con que yo la mirase?

—Deme una oportunidad.

Su voz sonó distinta y me maldije al instante por notarlo. No, no podía permitir que, además de la fuerte atracción que me despertaba, encima me intrigase.

—¿Por qué?

Recé para que dijese una estupidez, para que soltase algo que la hiciera quedar como una tonta o como una aprovechada, cualquier cosa que me hiciese desearla menos. Lo que fuese con tal de acabar con aquella extraña sensación que palpitaba dentro de mi pecho.

Amelia respondió y primero dijo que quería aprender y ser mejor abogada y que creía que Mercer & Bond era el lugar adecuado para lograrlo. No era una respuesta estúpida, pero durante un segundo me pareció que se aflojaba la tensión que sentía y que podía empezar a verla como una mujer atractiva y nada más. Pero entonces continuó.

—Porque no quiero volver a Bloxham. Porque quiero quedarme aquí y descubrir de qué soy capaz.

Mierda. Esa respuesta era sincera y no hacía alusión sólo al trabajo. Se refería a mí. A aquello, fuera lo que fuese, que habíamos empezado en el ascensor.

—De acuerdo —accedí, porque mi cuerpo se negó a que dijera otra cosa.

Ella me dio las gracias y yo le advertí que, a pesar de que aceptaba contratarla, no cejaría en mi empeño de encontrar el modo de despedirla. Aunque en realidad nunca sería capaz de hacer tal cosa.

Y me fui de aquella maldita sala de reuniones directamente a la piscina.

Otra vez.

Alguna deidad debió de pensar que torturarme con Amelia en el ascensor y en la sala de reuniones no había sido suficiente y decidió que al terminar al día tuviese que compartir taxi con ella.

Llovía a cántaros, nada raro en Londres, el metro no funcionaba, aquella mañana yo había decidido ir andando a trabajar y ella no podía irse caminando con aquellos tacones y lloviendo sin cesar. Y yo, siendo el bastardo que soy, disfruté de cada segundo de aquel doloroso trayecto en taxi.

Pero cuando llegué a casa, hice las maletas.

Era la única salida: o me iba a Escocia y encontraba el modo de quitármela de la cabeza, o la cogía en brazos, la encerraba en mi apartamento y la ataba a la cama. Literalmente.

Amelia no estaba preparada para algo así. Y por eso la deseaba tanto. Había algo en aquella joven que me atraía sin remedio. Y sin lógica. Aun en el caso de que ella estuviese dispuesta a entregarse a mí del modo que yo necesitaba, no soy tan hijo de puta como para permitírselo.

Amelia llevaba escrito «para siempre» en los ojos. Seguro que soñaba con formar una familia, con enamorarse y envejecer junto al mismo hombre, rodeada de nietos. Yo quería estrangular a ese maldito cretino, porque sin duda no iba a ser yo.

Ella no parecía capaz de follar sin que tarde o temprano su corazón se viese involucrado, y el mío nunca cometía esas estupideces. Así pues, sería inevitable que entre nosotros hubiese reproches y discusiones.

Compré un billete para el día siguiente y mandé los correos pertinentes a Stephanie y a Patricia. El bufete llevaba varios casos en

Escocia y mi familia seguía teniendo negocios allí, así que a nadie le extrañaría mi viaje. Visitaría a mi abuela y aprovecharía para resolver ciertos asuntos; quizá saliera una noche y conociese a una mujer que me interesara la milésima parte que Amelia. A esas alturas, me conformaría con eso.

Me acosté mucho más tranquilo, convencido de que había dado los pasos adecuados y necesarios para seguir adelante con mi vida y mis objetivos. Considerar tener algo con Amelia era una locura. Una temeridad, tanto por mi parte como por la suya, reconocí al fin.

Cerré los ojos y respiré hondo. Y cometí el primer error de esa noche, porque su perfume me recorrió entero. ¿De dónde diablos había salido? Volví a respirar y fue peor, porque entonces incluso olí su pelo.

Abrí los ojos, convencido de que la encontraría tumbada a mi lado. Al ver que no estaba, suspiré ¿aliviado?, ¿furioso? No lo sé, lo que sí sé es que estaba completamente excitado.

Volví a cerrar los ojos y me dije que no iba a masturbarme, que un hombre como yo no se dejaba llevar... A la mierda. No podía dejar de recordar el modo en que los ojos de Amelia habían seguido las gotas de agua que resbalaban de mi cuello hacia el interior de mi camisa.

Tenía que parar aquello, tenía que recuperar el control; ni siquiera la había tocado, exceptuando aquel delicioso segundo en el taxi, y estaba tan excitado como si llevase horas con ella.

Me senté furioso en la cama y me miré la entrepierna. No, no iba a darle a Amelia tanto poder. Una cosa sería masturbarme para satisfacer una necesidad física y otra muy distinta que lo hiciese pensando en ella.

Me levanté y me quité la camiseta, como si la prenda me ofendiese. El pantalón del pijama siguió el mismo camino. Luego me metí en la ducha, abriendo el grifo del agua fría al mismo tiempo.

Las gotas heladas cayeron sobre mi espalda. Cerré los ojos y apoyé la frente en la pared, mientras sentía como si mi cuerpo estuviese echando humo de lo que me hervía la sangre.

Apreté los dientes y recordé que, cuando estábamos en la sala de reuniones, había hecho eso mismo y Amelia me había mirado preocupada. ¿Por qué?

Ella también había notado la atracción entre los dos.

Atracción, qué palabra tan ridícula y tan insuficiente para describir lo que habíamos sentido. Al menos en mi caso no había sido

sólo eso. La atracción soy capaz de controlarla, pero en ese caso había sido como si todos los imanes de la Tierra tirasen de mí hacia ella. En el ascensor, en la sala de reuniones, en el taxi, en todos esos lugares había tenido que contenerme, que apretar los puños para no arrancarle la ropa y poseerla allí mismo.

No fui consciente, o si lo fui fingí que no lo era, de que deslizaba la mano hasta mi pene y empezaba a masturbarme.

A lo largo del día, el peor momento había sido en la sala de reuniones, cuando ella y yo nos quedamos solos. Recordé a Amelia sentada en su silla, mirándome con los ojos abiertos de par en par, con la respiración entrecortada y humedeciéndose el labio.

Moví la mano más despacio, perdiéndome en mi fantasía.

¿Qué habría sucedido si hubiese hecho lo que de verdad quería hacer? ¿Qué habría pasado si al acercarme a ella le hubiese dicho lo que de verdad quería decirle? ¿Qué habría ocurrido si Amelia hubiese accedido a hacer lo que yo quería pedirle?

—No voy a tocarte y no voy a permitir que me toques —le dije de pie delante de ella, con mis piernas rozando sus rodillas—. Pero esto no puede seguir así.

—¿El qué? —me preguntó Amelia mirándome a los ojos.

Apoyé las manos en la mesa, justo detrás de la silla en la que ella seguía sentada, atrapándola con mi cuerpo. Ni siquiera intentó apartarse.

—Tú y yo—. Amelia se humedeció el labio y yo seguí el movimiento con los ojos—. En el ascensor. Ahora. Ha sido un milagro que Patricia no se haya dado cuenta.

—Lo siento —murmuró.

—No lo sientas. No quiero que lo sientas.

—Entonces, ¿qué quieres?

Me enderecé y, sin apartar la vista de ella, me acerqué a la puerta para cerrarla. Amelia seguía mirándome con aquella mezcla de deseo, curiosidad e inocencia que me hacía arder la piel. Me apoyé en la puerta y tiré del nudo de la corbata para aflojármelo un poco.

—No voy a tocarte —repetí—. No puedo, porque si empiezo no voy a parar. Y tú, ¿quieres tocarme? —Vi que cerraba los puños y continué—. ¿Tienes que apretar los puños para contenerte? ¿Estás convencida de que mi piel quemará cuando la toques?

Ella apretó todavía más los puños y entreabrió los labios. Asintió. No me conformé con eso.

—Contéstame.

—Sí.

—¿Y besarme, quieres besarme? —Nos torturaba a ambos—. Yo quiero morderte el labio inferior para ver si así dejas de humedecértelo. Y después recorreste la mandíbula a besos y volver a morderte justo en el cuello. Te gustará. Y a mí. Deslizaré la lengua despacio por encima del mordisco y luego, poco a poco, volveré a acercarme a tu boca. Pero no te besaré.

—¿No?

Dios, ella estaba tan excitada como yo.

—Cierra los ojos. Imagínate que estás sola y escúchame, sólo escúchame. ¿Quieres escucharme, Amelia?

—Sí.

Apoyé las manos en la puerta que tenía a mi espalda y observé fascinado cómo ella obedecía.

—No, no te besaré —retomé el relato de mis deseos—. Me acercaré a tus labios y los acariciaré con el pulgar. Te los separaré un poco y tú me lamerás delicadamente el dedo. Los dos nos excitaremos. —Vi que ella se llevaba una mano a la garganta—. Tú te estarás completamente quieta, esperando a que yo te diga qué tienes que hacer. Apartaré la mano y la deslizaré poco a poco hacia abajo, justo entre tus pechos. Te besaré el cuello y volveré a morderte y tú no podrás contener un gemido.

Amelia gimió.

Empecé a mover furioso la mano encima de mi miembro. El agua helada de la ducha me quemaba, necesitaba correrme, pero mi cuerpo no iba a ceder hasta que la Amelia de mi imaginación me diese lo que yo más deseaba: a ella misma.

No podía respirar. Apretaba tan fuerte la mandíbula que estaba convencido de que al día siguiente me dolería. Pero nada me importaba. Lo único que quería era darle placer a la Amelia que se había metido en mi mente.

—Subiré despacio y volveré a recorreste la clavícula con la lengua mientras con la mano te acaricio los pechos por encima de la blusa. Tus pechos estarán excitados y buscarán ansiosos mis dedos. Apartaré la mano.

Ella volvió a gemir y vi cómo bajaba la mano que antes se había llevado a la garganta hasta el apoyabrazos de la silla. Entrelazó ambas manos y se apretó los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Notarás mi respiración pegada a tus labios. Querrás que te

bese, pero yo todavía no estaré dispuesto a hacerlo. Antes tendré que saber si de verdad me deseas. Me arrodillaré delante de ti y te separaré las piernas muy despacio. Subiré lentamente los dedos desde el tobillo hasta tu rodilla y allí te daré un beso. Sólo una leve caricia.

Amelia se movió en la silla, apartando la espalda del respaldo, pendiente de cada una de mis palabras y de las imágenes que creaba con ellas.

—Deslizaré la mano por debajo de tu falda y tú intentarás juntar las piernas. Yo te lo impediré. —Las piernas de Amelia temblaron por el esfuerzo que tuvo que hacer para mantenerlas quietas—. Estás nerviosa, pero no tienes por qué estarlo. Sólo soy yo, conmigo puedes dejarte ir. Puedes mostrarme tu deseo, porque yo te deseo todavía más.

¿Por qué me estaba haciendo aquello? Mi pene nunca había estado tan duro, tan ansioso por perderse dentro del cuerpo de una mujer. El tacto de mi mano lo ofendía y se negaba a eyacular, me exigía que siguiera con mi fantasía.

—Me pegaré a ti y respiraré hondo. Los dos gemiremos.

Amelia gimió y yo me golpeé la cabeza con la puerta para ver si el dolor conseguía retenerme donde estaba. Lo consiguió.

—Me apartaré y me levantaré despacio. Esta vez estaré completamente pegado a ti. Mi torso rozará tus pechos y los dos nos quedaremos sin aliento durante un segundo. Tú tendrás las manos en los reposabrazos, sujetándote con fuerza. No me abrazarás y yo tampoco te abrazaré a ti, mis manos estarán en la silla y apretaré los dedos hasta que apenas los sienta, porque sé que no podré arrancarte la ropa, que sería lo que de verdad quisiera hacer. Los dos sabemos que aquí, en esta sala de reuniones, no podemos hacer nada, pero estamos muy excitados. Me detendré con los labios sobre los tuyos. Tú te los humedecerás.

Amelia hizo exactamente eso.

—Dios. Tu respiración me acariciará el rostro y la mía recorrerá tu cara. Me acercaré más y más. No debería besarte. Lo sé. Tú también lo sabes, no deberías besar a un completo desconocido. Colocaré los labios encima de los tuyos, mi lengua se deslizará hacia el interior de tu boca y los dos nos besaremos como si nunca antes nos hubiesen besado.

Amelia echó la cabeza hacia atrás y yo cerré los ojos, incapaz de seguir mirándola.

—Mi lengua batallará con la tuya —continué—. Tu sabor me inundará, mis dientes te morderán por fin el labio inferior hasta hacerte daño y luego te lo besaré tiernamente para compensarte. Tu lengua me recorrerá la boca por dentro, marcándome. Mis labios se apoderarán de los tuyos, los besarán, los dominarán, los conquistarán. Tú empezarás a temblar, tu cuerpo se estremecerá pegado al mío. Estarás a punto de tener un orgasmo, pero te resistirás, porque tienes miedo. Yo estaré muy excitado, una sola caricia tuya haría que me corriese en los pantalones. Volveré a besarte, tú abrirás los labios y te rendirás a mí. Me apartaré de nuevo y poco a poco me acercaré a tu oído y, tras lamerte la oreja, susurraré: «Córrete, Amelia». Y lo harás.

Eyaculé con tanta fuerza que tuve que apoyarme en la pared de la ducha para no caerme al suelo. Tenía las piernas completamente tensas y me temblaban con cada eyaculación. No parecía tener fin. Los hombros se me tensaron y eché la cabeza hacia atrás para gritar. No sé cuánto rato estuve allí, corriéndome y pensando en Amelia y en aquel encuentro que, aunque sólo había sucedido en mi imaginación, era el más intenso y dolorosamente íntimo de toda mi vida.

Escocia no estaba lo bastante lejos.

Volví a Londres una semana más tarde, convencido de que lo de Amelia había sido fruto del cansancio y de que llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Me negué a analizar lo que había hecho en la ducha, igual que me negué a pensar por qué, después de masturbarme de aquella manera, ni siquiera me había planteado la posibilidad de ir en busca de una mujer de carne y hueso en Edimburgo. Al parecer, mi cuerpo se había saciado con aquella fantasía y a mí me bastaba con eso. Llegué al bufete y no vi a Amelia por ninguna parte, así que me sentí relativamente tranquilo.

—Buenos días, señor Bond, ¿qué tal el viaje? —me preguntó Stephanie.

—Muy bien. Dame un minuto y me pones al día.

Dejé las cosas en mi despacho y fui al baño para refrescarme un poco. Acababa de llegar del aeropuerto y quería estar despejado antes de hablar con mi secretaria. Vi un móvil encima de la repisa del lavabo, junto a las toallas de cortesía, y lo cogí. Salí del baño.

—Stephanie, ¿sabes de quién puede ser este móvil? —le

pregunté.

Ella lo miró unos segundos antes de responder.

—Quizá sea del señor Howell.

—¿Howell ha estado aquí?

Rufus Howell era el capitán de la selección inglesa de fútbol y un cabrón que, por desgracia, sabía cosas acerca de mí. Cosas que yo no solía contarle a nadie. Además, mi bufete representaba a la señora Howell en el que iba a ser el divorcio más sonado del año. Así que si Howell se había dejado el móvil en el baño, no había sido por casualidad.

—¿Dónde está Rufus ahora? —le pregunté a Stephanie, apretando el móvil con un mal presentimiento.

—No lo sé. David, Martha y Amelia tenían una reunión con él y su abogada esta mañana. Creo que estaban en la sala de reuniones del final del pasillo.

Di media vuelta y me encaminé hacia allá antes de que Stephanie terminase la frase. Sólo de pensar en Rufus Howell cerca de Amelia me hervía la sangre. Me encontré la puerta de la sala de reuniones cerrada y abrí sin llamar.

—Apártate de la señorita Clark, Rufus.

—Hola, Daniel.

—Apártate.

Rufus tenía a Amelia contra la pared. No la estaba tocando —si lo hubiese hecho, estaría ya en el suelo, con la nariz y la mano rotas—, pero sus intenciones estaban claras.

Cuando me vio entrar, Amelia me miró tan aliviada que no tuve la menor duda de que aquel encuentro no lo había propiciado ella; sin embargo, ¿cómo podía haber sido tan ingenua como para quedarse a solas con Howell? El muy cerdo seguía sin moverse.

«Un segundo más y lo aparto de ella a golpes», pensé.

—No volveré a pedírtelo, Rufus —le dije acercándome, listo para tirar de él; cuando vi que miraba el escote de Amelia, lo cogí por el antebrazo y lo aparté con un único movimiento—. Basta, Rufus.

Ella respiró por fin tranquila y yo me planteé seriamente la posibilidad de darle a él un puñetazo por haberla asustado. Pero como no podía, me conformé con mirarlo furioso y exigirle que se disculpase. Rufus, que nunca había sido demasiado listo, se negó y dijo que sólo había vuelto a la sala de reuniones a buscar su móvil; el mismo que yo me había encontrado sobre el lavabo. Lo dejé encima de la mesa.

Sí, Rufus Howell era brillante con el balón, pero al parecer su inteligencia se reducía a eso. O quizá no, porque justo entonces me miró a los ojos y me echó en cara que no fuese su abogado.

—Tú tendrías que ser mi abogado y no el de Gloria. Se suponía que eras mi amigo.

—Ya sabes por qué soy el abogado de Gloria.

—Oh, sí, me olvidaba... Estás convencido de que porque le fui infiel merezco ir al infierno. ¿Y qué te mereces tú, Daniel? ¿Adónde van los hombres como tú?

«También al infierno, pero no pienso darte la satisfacción de decírtelo.»

—Discúlpate con la señorita Clark —volví a exigirle.

—No es necesario —dijo Amelia y me di cuenta de que era la primera vez que hablaba desde que yo había entrado; por su tono de voz se notaba que estaba preocupada.

—Por supuesto que es necesario.

«Aunque sólo sea para que dejes de mirarme así.»

Amelia me miraba como si me hubiese echado de menos y consiguió que comprendiese que yo también la había echado de menos a ella. Mierda. Mi rostro cambió al comprenderlo y el cambio no le pasó desapercibido a Rufus.

—No sabía que fuese tuya —comentó, sacudiendo los cimientos de mi mundo. Me aparté y negué con la cabeza, pero no conseguí convencerlo ni a él ni a mí mismo—. Le ruego que me disculpe, señorita Clark, todo ha sido un malentendido.

Y se fue de allí dejándonos solos. Amelia estaba confusa, pero yo me sentía desconcertado. A Rufus Howell, un hombre carente de profundidad, le había bastado con mirarme para adivinar lo que yo todavía me negaba a asumir: Amelia era mía.

—Gracias por haber venido a ayudarme. —La voz de ella me hizo reaccionar.

Todavía estaba a tiempo de evitarlo. Lo único que tenía que hacer era salir de allí y hacer lo que me había resistido a hacer en Escocia: buscarme a otra. Se me revolvió el estómago sólo de pensarlo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Se la veía afectada y yo necesitaba cambiar de tema.

Ella me aseguró que sí y, gracias a lo furioso que estaba por lo que había hecho y dicho Rufus, logré distanciarme un poco. Casi conseguí salir de la sala de reuniones con mi autocontrol intacto, pero

Amelia me lo impidió cuando se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla tras susurrarme un «Gracias».

Se marchó antes de que yo pudiese reaccionar.

Volví a mantener las distancias con Amelia y, a pesar de eso, cada noche soñaba con ella. Lo peor de todo era que ahora sabía que también ella se sentía muy atraída por mí.

Después de lo de Rufus, la encontré repasando el expediente del divorcio de los Howell y la reñí por haberme besado. Amelia me plantó cara —la verdad es que no había esperado otra reacción— y me dijo sin rodeos que se sentía atraída por mí y que no le importaría averiguar hasta dónde llegaba esa atracción.

Cuando la oí decir eso, estuve a punto de correrme.

Al parecer, ella había estado a punto de casarse con un tipo que había cometido la estupidez de serle infiel. Amelia había roto el compromiso con el tal Tom, un hombre al que yo no descartaba darle un puñetazo en el futuro, y había decidido mudarse a Londres y empezar una nueva vida. Una vida llena de retos y aventuras. No sé en cuál de esas categorías encajaba yo, pero las dos me resultaban ofensivas y me dolían. Lo cual era completamente absurdo, porque si Amelia me veía como un reto, entonces nada me impedía acercarme a ella y contarle lo que tenía que hacer para estar conmigo. Y si lo que quería era una aventura, dejar que un hombre, que yo, la dominase, podía ser la mayor de su vida.

Una parte de mí llegó a la conclusión de que era inútil y absurdo que siguiera resistiéndome. Otra se negaba a correr el riesgo de hablar con ella y preguntarle si estaba dispuesta a acceder a mis condiciones. Tenía miedo de que dijese que no y me aterrorizaba que dijese que sí.

¿Qué haría Amelia si le explicaba que necesitaba atarla, dominarla, darle órdenes? ¿Me miraría con asco, con reprobación o

con deseo? ¿Cómo reaccionaría cuando le dijese que yo siempre iba a tener el control, que nunca dejaría que ella llevase la voz cantante en la cama? ¿Se excitaría y se lamería el labio inferior o me daría una bofetada? ¿Y si le decía que quería atarle las manos, vendarle los ojos, impedir que se corriese hasta que yo le diese permiso? ¿Me dejaría hacerlo, me miraría fijamente y me entregaría su placer, o me insultaría y se iría del bufete y de mi vida para siempre?

Eso era lo peor. Si perdía a Amelia después de poseerla, quizá nunca lograra superarlo. Pero si la perdía antes de saber lo que se sentía al estar con ella, seguro que jamás lo conseguiría.

Si Amelia continuaba en el bufete, aunque no llegase a tocarla, mi mente seguiría creando escenas imposiblemente eróticas entre los dos, que por el momento me bastaban para seguir adelante. En cambio, si desaparecía, perdería también esas fantasías y por eso seguía resistiéndome a sincerarme con ella.

Llegó la noche del baile de máscaras, un evento que organizaba el colectivo de abogados de Londres y que patrocinaban varios bufetes, incluido el mío. El baile estaba considerado el acontecimiento del año y en esta ocasión iba a celebrarse en el Museo Británico.

Yo me sentía muy orgulloso de mí mismo por haber logrado mantener las distancias con Amelia durante los últimos días y por haberme convencido por fin de que ella nunca aceptaría mis condiciones. Bastaba con mirarla para saber que en cuanto le dijese que quería atarla y someterla saldría huyendo.

El baile de disfraces, como su nombre indica, consistía en ir disfrazado, así que muy a mi pesar tuve que buscar algo que ponerme. Por suerte, Stephanie sugirió que fuese de Fantasma de la Ópera, lo que quería decir que bastaba con que llevase un esmoquin y la máscara blanca típica del fantasma, me engominase el pelo hacia atrás y luciese una rosa roja en el ojal.

Pasé de la gomina, pero la rosa sí me aseguré de cogerla, consciente en todo momento de a quién iba a dársela.

Llegué solo a la fiesta; sin embargo, en la entrada me tropecé con un socio de otro gran bufete de la ciudad, que insistió en endosarme a su hija, una joven insulsa que parecía una réplica de la muñeca Barbie a tamaño natural.

Entré con la chica sin saber siquiera cómo se llamaba y, en cuanto puse un pie en el salón, noté los ojos de Amelia fijos en mí. Quemándome. Acariciándome. Odiándome por no estar con ella. Y sí, aunque suene vanidoso o infantil, confieso que me gustó comprobar que yo no era el único que estaba siendo víctima del fuego que ardía entre los dos.

Me mantuve alejado de ella, incluso fingí no mirarla, no porque no quisiera, sino porque sabía que en cuanto lo hiciera, en cuanto me acercara, ya no habría marcha atrás. Y pasara lo que pasase entre nosotros, aquel baile de máscaras no era el lugar adecuado.

Iría a buscarla cuando aquella pieza terminase, le pediría que bailase conmigo la siguiente o incluso le preguntaría si le apetecía ir a tomar una copa a un lugar más tranquilo. Estaba dándole vueltas al plan cuando Amelia, para variar, volvió a poner mi mundo patas arriba al aceptar bailar con otro.

Con El Zorro. Un Zorro que no era otro que Rafferty Jones, probablemente el mejor hombre de toda Inglaterra y el único al que yo había considerado un amigo durante una época de mi vida.

Ella bailaba con Raff y le estaba sonriendo. Él tenía una mano en su espalda y le susurraba cosas al oído. Noté como si el edificio se desplomase sobre mi pecho y me impidiese respirar. No podía apartar la vista de ellos, era como cuando presencias un accidente: quieres dejar de mirar, pero una parte de tu cerebro se niega a cerrar los ojos.

Hacían muy buena pareja; Amelia iba disfrazada de pirata y él de El Zorro. Sus pasos se acompañaban, sonreían al mismo tiempo. De repente, se separaron. Él le preguntó algo y ella asintió; acto seguido, Raff fue a hablar con unos amigos y Amelia se apartó para teclear algo en el móvil. ¿Iban a marcharse juntos? ¿Amelia había accedido a irse con Raff?

Me puse en pie y me acerqué a ella, dispuesto a impedirselo.

—¿Qué diablos estabas haciendo con Rafferty Jones? —le pregunté, antes incluso de llegar a donde estaba.

—No es de su incumbencia, señor Bond —me contestó ella, todavía dándome la espalda.

Me puse más furioso.

—Pues claro que lo es—. Le puse una mano en la cintura, encima del corsé de pirata, y me quedé petrificado. La estaba tocando—. Claro que lo es —repetí.

—No, no lo es. ¿No deberías volver con tu cita?

—No es mi cita, es...

—No es de mi incumbencia —me interrumpió y yo apreté más los dedos.

Quería gritarle por obligarme a reaccionar de ese modo. Quería besarla y arrancarle el corsé con los dientes, empujarla contra la pared y echarle un polvo allí mismo, delante de todo el mundo, en especial de Rafferty Jones, y demostrarles a todos que era mía.

—¿Por qué has bailado con él?

Me pegué a ella. Necesitaba entender cómo había sido capaz de dejar que otro la tocara. Yo le habría arrancado los dedos a la Barbie cuando los colocó en mi antebrazo.

—Suéltame, Raff me está esperando. —Amelia confirmó mis temores.

—¿Vas a irte con él?

Tenía que oírsele decir de sus propios labios, si no, mi mente seguiría empeñada en negarlo. Temblé y me pegué a ella al mismo tiempo. ¿Quería o no que se fuese con Raff?

—Yo no sirvo para estas cosas, Daniel —confesó abatida—. No sé qué quieres, y te juro que cada vez que creo que he conseguido entenderte, haces algo que me descoloca y vuelves a dejarme completamente perdida. No sé qué está pasando entre nosotros. —Suspiró—. De hecho, ni siquiera sé si está pasando algo. Quizá todo esto sea sólo un juego para ti, o quizá sólo yo...

—Debería alejarme de ti, Amelia —la interrumpí y me acerqué todavía más, eliminando el espacio que nos separaba. Su franqueza me hizo sentir como un canalla. Aquello la estaba afectando, la estaba haciendo sentirse insegura, y yo, por extraño que me pareciese, no quería ser responsable de eso. No quería causarle ningún mal, aunque no sabía si sería capaz de evitarlo—. Pero no puedo.

Apoyé el mentón en su clavícula y la noté temblar.

—Dime qué está pasando, Daniel —me pidió.

—No te vayas con Rafferty.

En cuanto lo dije, noté que se tensaba y supe que mi Amelia no iba a ceder tan fácilmente, que no iba a ceder ante mí sin una explicación.

¿Mi Amelia?

Antes de que pudiese procesar por qué mi mente había elegido aquel instante para descolocarme todavía más, ella me hizo otra pregunta y Rafferty Jones apareció antes de que yo pudiese contestar.

Raff, el maldito bastardo, se comportó como un perfecto caballero. Dios, si me gustasen los hombres incluso yo me habría ido

con él. Era imposible que Amelia no lo hiciese. Me quedé allí y saludé a mi antiguo amigo, obligándome a presenciar la escena y a despedirme de los dos. Joder, incluso me obligaría a desearles buenas noches si hacía falta.

Pero de repente, Raff se fue solo y Amelia le dijo que tal vez iría a almorzar con él otro día. ¿No se marchaba con Raff?

—¿Vas a decirme por qué he rechazado al que parece ser un hombre encantador? —preguntó ella.

No dije nada. No pude. No podía creer que aquello hubiese sucedido de verdad. Amelia malinterpretó mi silencio y salió de allí hecha una furia y con lágrimas en los ojos, que se negó a derramar. Y fueron esas lágrimas las que me hicieron reaccionar.

Corrí tras ella y la encontré en la calle, esperando un taxi.

—No te has ido con él —fue lo único que dije antes de darle media vuelta y besarla.

Esta vez de verdad.

Me temblaban las manos, pero le sujeté el rostro con ellas, desesperado. Necesitaba tocarla, asegurarme de que esa vez el encuentro no era fruto de mi imaginación. Amelia me miró y noté que se metía dentro de mí, que atravesaba las barreras que me había llevado años levantar, y la sensación no terminó de gustarme.

Ella ya me afectaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer, así que la besé. Separé los labios y con la lengua descubrí por fin el sabor de su boca, el calor que desprendía su cuerpo. Me quemó. Me quedé petrificado. Hasta entonces nunca antes había sentido la necesidad de devorar a otra persona, de engullirla y meterla dentro de mí.

La pegué contra el taxi para poder mover las caderas contra ella, mi miembro buscaba desesperado su calor, un calor que llevaba demasiados días anhelando y que ahora tenía dolorosamente cerca. Las capas de ropa eran un insulto. Mi torso quería frotarse contra sus pechos, mi estómago sentir el suyo.

—Abrázame —le pedí, dispuesto a conformarme con eso.

—Daniel...

—Chist...

Oír mi nombre en sus labios después de besarla casi me llevó al límite. Me removí contra su cuerpo y mi boca buscó ansiosa la suya. Noté cómo temblaba cuando por fin me rodeó con los brazos.

El claxon del taxi me hizo volver a la realidad.

—Nadie tiene derecho a verte así. Sólo yo —afirmé mirándola a

los ojos, furioso conmigo mismo por haber permitido que las cosas llegasen tan lejos en plena calle.

—¿Van a subir? —nos preguntó el taxista.

Iba a decir que sí, desvié los ojos hacia el hombre y entonces vi la marca que mis dientes habían dejado en el cuello de Amelia. Eso me excitó, lo confieso, pero también me obligó a asumir que necesitaba calmarme antes de poder estar con ella. En aquellos momentos la deseaba tanto que me veía capaz de provocarle un orgasmo en el mismo taxi. Y ella... bastaría con que me diese otro beso, o sencillamente con que me tocara, para que me corriese.

No, antes de hacer eso teníamos que hablar. Y esa noche no iba a ser posible. Tenía que estar sereno para poder pedirle que me escuchase. Y Amelia debía estar dispuesta a hacerlo.

—La señorita sí —le dije al taxista, mientras volvía a mirarla a ella a los ojos—. Vete a casa, Amelia —añadí al ver su confusión.

—¿Tú no me acompañas?

Tenía la espalda empapada de sudor, me temblaban las manos de las ganas que tenía de cogerla por la cintura y estrecharla contra mí. Mi pene estaba erecto y notaba que la punta se me había humedecido. Mi cuerpo me odiaría casi tanto como yo lo odiaba a él por desear tanto a Amelia, pero iba a dejarla ir.

Todavía no sé cómo fui capaz, pero me aparté y le dije que se fuese sola. Le dije que cuando la había visto bailar con Rafferty había tenido que contenerme para no ir a separarlo de ella a golpes y le confesé que la deseaba de un modo como nunca había deseado a nadie. En mi caso, eso era completamente cierto. Mi deseo no se satisfacía como el de cualquier hombre. Y por fin me atreví a pedirle que quedase conmigo al día siguiente. Le dije que si accedía a verme le contaría la verdad sobre mí, al menos en lo que se refería a mis necesidades sexuales, y le advertí que jamás podría ser el príncipe de un cuento de hadas. Yo era el malvado, el guardián de los calabozos. A mí me gustaban las cadenas, no los finales felices.

Y, a pesar de todo, Amelia accedió a verme y a pasar el fin de semana conmigo.

«Amelia ha accedido a mis condiciones —pensé el domingo, después de dejarla en su casa—. Ha accedido a mis condiciones. Ha accedido... Soy un egoísta retorcido, no tendría que alegrarme tanto, debería sentirme culpable por habérselo pedido.»

Amelia había accedido a vendarse los ojos y a obedecer mis órdenes cada vez que nos viésemos. Había accedido a dejarse llevar y a entregarse a mí sin reservas. Sin condiciones. Sólo en la cama. Había accedido a que tuviésemos una relación puramente sexual. Pura, intensa, demoledora y exclusivamente sexual. Había accedido a no esperar nada de mí excepto placer, algo que yo me moría por darle. Y, a pesar de que en sus ojos era evidente que su corazón le aconsejaba lo contrario, había aceptado estar conmigo, venir a mi apartamento siempre que yo se lo pidiese, sólo con el objetivo de entregarse a mí.

Yo había sido brutalmente claro con ella. Una parte de mí había esperado que me rechazase, porque sabía que aquella relación terminaría haciéndole daño. Pero al final mi egoísmo había vencido la batalla y se lo había pedido.

«No ha sido tu egoísmo, estúpido —me dijo mi conciencia—, ha sido tu instinto de supervivencia, porque sabes que Amelia es la única oportunidad que tienes de llegar a vivir algún día.»

—Cállate —masculé en voz alta y di gracias por estar solo en el coche.

No soy estúpido y sé que debería ser capaz de estar con una mujer sin tener que vendarle los ojos o atarle las manos, o sin necesidad de poseer el control absoluto en todo momento, pero hace años que dejé de disculparme por ser como soy. Lo mío no es ningún

capricho, no es algo pasajero, es una necesidad que nace en lo más profundo de mi ser. No sé si se debe a la muerte de mis padres en aquel accidente, a mi hermana, a mi tío, a lo que me sucedió... Me he esforzado mucho para escapar de mis recuerdos y de mí mismo, y lo único que consigue mantener a raya mis demonios es eso, así que he dejado de plantearme si está bien o mal. Sencillamente, lo necesito igual que respirar, otra cosa no es posible, ni ahora ni nunca. Y eso siempre se lo he dejado claro a las mujeres que han accedido a estar conmigo.

«Pero ninguna te había afectado nunca como Amelia.»

No, eso era verdad. Yo nunca había besado a una mujer en la calle. Nunca había invitado a ninguna a mi casa, y mucho menos le había enseñado el jardín. Mis relaciones previas, siete en total, se basaban únicamente en el sexo y todas habían sido con mujeres con mucha experiencia para las que las ataduras, los antifaces, los látigos o las órdenes eran un mero juego sexual.

Amelia sabía que no era así. Ella tenía una afinidad conmigo, una intuición especial, había comprendido, sólo mirándome, que lo que yo le estaba pidiendo no era ningún juego. Y había aceptado.

Por eso había roto con todas esas mujeres, porque no lo entendían. Y por eso me daba tanto miedo Amelia, porque ella sí lo hacía.

Aparqué el coche y subí a mi apartamento. Me saqué la llave del bolsillo al llegar a la puerta y recordé que le había prometido a Amelia que le daría su propia llave para que pudiese entrar sin llamar. O ésa era la excusa que me había inventado; la verdad era que quería que tuviese la llave de mi casa porque necesitaba que supiese que ella era especial y no me había atrevido a decírselo con palabras.

Me burlé de mí mismo. Cómo era posible que pudiese pedirle a una mujer que no se corriese sin mi permiso y al mismo tiempo no fuese capaz de decirle que quería que tuviese la llave de mi casa porque me parecía un detalle íntimo.

Abrí la puerta, dejé la bolsa del fin de semana en el suelo y me quedé pensando.

No podía darle la llave sin más, sería absurdo. Necesitaba como mínimo algo donde llevarla. ¿Un llavero? Hortera. ¿Un sobre? Ridículo.

Una cinta.

Una larga cinta de cuero negro. Colgaría la llave de ella y la metería en una cajita. La cinta tenía que ser lo suficientemente larga

como para que Amelia pudiese enredársela entre los dedos, acariciarla en la mano.

El olor del cuero siempre me había gustado, reconfortado incluso.

Sabía exactamente qué cinta quería, podía verla en mi mente; pensándolo bien, quizá me había fijado inconscientemente en ella antes y por eso ahora la veía tan clara. La cinta del anticuario.

Esa misma mañana, antes de emprender el camino de regreso a Londres, Amelia y yo habíamos ido a pasear por el pueblo más cercano a mi casa de campo y nos habíamos encontrado con una preciosa feria de antigüedades. A ella le habían gustado unos pendientes y yo se los había comprado, aunque nunca hago esas cosas.

El hombre que me atendió, un anciano sin apenas arrugas en la cara, colocó los pendientes en un delicado saquito de terciopelo morado y luego guardó el saquito en una caja de cartón con un estampado adamascado. Finalmente, rodeó la caja con una cinta negra de cuero muy suave, le dio varias vueltas y la aseguró con un nudo.

Me guardé el paquete en el bolsillo y, cuando nos alejamos de la tienda, se lo di a Amelia. Ella intentó rechazarlo, pero evidentemente no se lo permití. Tiré de la cinta de cuero y, en un gesto inconsciente pero cargado de sentido, me la guardé en el bolsillo del abrigo. Le di los pendientes y un beso y le pedí que me prometiese que algún día se los pondría.

Metí la mano en el bolsillo del abrigo, que todavía no me había quitado, y toqué la cinta. Suspiré aliviado y un cosquilleo me recorrió el cuerpo: impaciencia. Salí del apartamento y fui a hacer una copia de la llave en uno de esos talleres de emergencia; volví en menos de una hora y comprobé que funcionase. Satisfecho con el resultado, me dispuse a pasar la cinta por la llave, pero no pude.

Me temblaba el pulso. Me quedé perplejo al comprobar lo alterado que estaba, y no sólo eso, además de nervioso también estaba terriblemente excitado.

—Dios —mascullé entre dientes.

Dejé la llave encima de la mesa y la miré como si fuese un objeto desconocido. Respiré hondo y volví a cogerla; quizá ahora las manos me temblaran menos, pero al respirar había oído el perfume de Amelia y mi erección se negaba a olvidarlo. Eso era ridículo, pero a lo largo de las últimas semanas había aprendido que no servía de nada

discutir conmigo mismo en lo que se refería a ella.

No iba a poder pensar, ni siquiera iba a poder respirar, hasta que volviese a tenerla a mi lado. Además, ahora conocía su sabor, el tacto de su piel.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el recuerdo de lo que había sucedido el sábado en mi casa. Me temblaron las piernas y supe que si no me sentaba o me tumbaba terminaría cayéndome al suelo. Y hacer semejante ridículo sí que no iba a soportarlo.

Me dirigí al piso de arriba sin soltar la cinta de cuero. Subí los escalones de dos en dos y enredé los dedos de la mano izquierda en ella. No me cuestioné lo que iba a hacer, en realidad me pareció que tenía todo el sentido del mundo.

Me quité el jersey de lana negro que llevaba y lo tiré al suelo. Quería sentir el aire sobre mi piel y así poder fingir que eran los dedos de Amelia. Me desabroché los botones de los vaqueros y suspiré aliviado al tener más espacio. Mi miembro tembló ansioso. Me senté en el sofá de cuero, el mismo en el que me había sentado la noche antes de conocerla a ella, la última noche que había tenido pesadillas.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Deslicé mi mano derecha por debajo de los calzoncillos y suspiré al notar lo excitado que estaba. Mi pene se estremeció furioso, molesto por notar mis dedos y no los de Amelia, pero tragué saliva y pensé en ella sentada en el sofá de mi casa de campo, en cómo había reaccionado a mis caricias y en todo lo que le haría al día siguiente cuando estuviese de nuevo allí.

El corazón me retumbaba en los oídos, me sudaba la espalda y necesitaba correrme para poder pensar. Apreté la cinta de cuero entre los dedos de la mano izquierda y empecé a mover la derecha mientras mi imaginación se apiadaba de mí y situaba a Amelia en aquella habitación conmigo.

Amelia se acerca a la ventana, lleva el mismo vestido que el sábado, y al llegar frente al cristal se da media vuelta y me mira. Yo me acerco a ella, no sé si ha venido a cenar o si sencillamente hemos aparecido directamente allí, pero no me importa.

Encima del sofá está la venda de raso, pero lo que me llama la atención es la cinta de cuero negro que descansa al lado (mi imaginación es detallista y disfruta torturándome). Primero cojo la venda y me acerco a Amelia, dispuesto a vendarle los ojos. Ella pone una mano sobre la mía y me detiene.

—Dijiste que te vendarías los ojos —le recuerdo yo, tras tragar

saliva.

—Antes bésame.

A ella el corazón le va a mil por hora, lo sé porque tengo el torso pegado al suyo y puedo sentirlo encima del mío. Me mira a los ojos, me sostiene la mirada y comprendo que su sumisión es todavía más importante de lo que creía. Amelia Clark no se rinde ante nadie. Ni siquiera ante mí, y por eso me está exigiendo que la bese antes de seguir adelante.

Se me hace la boca agua, mi pene se estremece ansioso por acercarse más a ella. Inclino la cabeza, despacio, sin cerrar los ojos, y ella tampoco los cierra. Sí, después le haré perder el control, pero ahora es ella la que está a punto de hacérmelo perder a mí.

Aprieto los dedos alrededor de mi pene para no correrme, necesito que mi imaginación termine de demostrarme de lo que Amelia y yo somos capaces.

Coloco los labios sobre los suyos y no los muevo, espero a notar cómo suelta ella el aliento, muy, muy despacio. Sus labios tiemblan, los míos se separan un poco. Respiro profundamente y la noto estremecerse. Mi lengua se desliza por encima de su labio inferior. Un segundo sin hacer nada. Sigo con el labio superior. No he cerrado los ojos. Y ella tampoco. Nos desafiamos.

—Daniel —se rinde ella primero.

Menos mal.

La beso y la acorralo contra el cristal. Muevo las caderas al mismo ritmo que mi lengua, demostrándole que sí, que es capaz de resquebrajar el muro que hay a mi alrededor, pero que corre peligro si algún día consigue derribarlo del todo.

Le abro más la boca con la mano izquierda porque quiero aumentar la intensidad del beso, para ver si así deja de quemarme por dentro. No lo consigo. Las llamas de mi cuerpo me abrasan y le muerdo el labio inferior al apartarme. Necesito que ella esté igual de asustada que yo.

Amelia tiene la respiración entrecortada y una gota de sangre en el labio. Se lo lame y luego se pone de puntillas para darme un delicado beso en los labios.

Pierdo el control.

Levanto las caderas del sofá y vuelvo a mover la mano arriba y abajo. Aprieto la cinta entre los dedos de la otra mano y regreso al sueño.

Le vendo los ojos con movimientos algo bruscos, pero Amelia no

dice nada y se entrega a mí con absoluta confianza.

—Pon las manos contra el cristal.

Le desabrocho el vestido, pero no se lo quito. Me gusta verla así, medio desnuda; la ropa interior que lleva es delicada y veo que tiene la piel de gallina. Deslizo la mano entre sus pechos y cuando la detengo encima de su ombligo a Amelia se le corta la respiración.

—No te muevas.

Me aparto de la ventana y vuelvo al sofá para coger la cinta de cuero. Es larga y delgada, así que enredo un extremo alrededor de los dedos y dejo que el resto cuelgue suelto. Vuelvo a acercarme a Amelia y levanto la mano. El extremo de la cinta le toca el ombligo y ella tiembla. Muevo la mano muy despacio y voy acercándosela al cuello; la punta de la cinta se desliza por encima de su estómago y de sus pechos y yo observo fascinado cómo la piel de Amelia va sonrojándose al notar mi mirada acariciándola.

—Eres preciosa.

Es la primera vez que me emociono al decirle algo así a una mujer.

Detengo la mano encima del cuello de Amelia. Necesito volver a besarla. Lo necesito. Separo sus labios con mi lengua y ella gime pegada a mí; un temblor empieza dentro de su cuerpo y termina en el mío. Le atrapo el labio inferior con los dientes y Amelia echa la cabeza hacia atrás. Deslizo la boca hacia abajo, le recorro la garganta con los labios y me detengo a observar su respiración entrecortada. El pulso le late errático; el mío no sé ni si lo tengo.

Me aparto un poco más y suelto la cinta que tengo enredada en los dedos. Amelia sigue con los ojos vendados, esperando mis caricias. Subo la cinta hasta su cuello; es lo bastante larga como para rodeárselo. Le deslizo la cinta por detrás de la nuca y luego hacia delante, sujeto los dos extremos en la mano y tiro para acercar los labios de Amelia a los míos. Aprieto un poco la cinta, me tiembla en la mano y noto que a ella se le acelera todavía más el corazón. Yo soy mucho más fuerte, podría apretar hasta estrangularla —algo que jamás haría—, pero Amelia no lo sabe. ¿O sí? Lo único que noto es que está excitada, que busca mis labios cuando retiro los míos, que aprieta las manos contra el cristal para no tocarme. Confía en mí.

El deseo que hasta entonces había podido controlar me desborda las venas. Mi miembro se estremece y me exige que entre dentro de ella.

¡No! No voy a imaginarme eso. Aunque noto que mis testículos

están totalmente pegados a mi cuerpo y que necesito correrme, me niego a imaginarme lo que sentiré cuando me folle a Amelia. Sí, eso es lo que quiero hacerle.

Le aparto la cinta del cuello y le doy el beso que tanto necesitamos los dos. Me separo y me quedo mirándola un segundo. Mis ojos van de sus labios entreabiertos a su cuello y poco a poco bajan por su brazo izquierdo; tiene la palma apretada contra el cristal de la ventana, los dedos en tanta tensión como el resto de su cuerpo. Cojo la cinta y le rodeo la muñeca con ella. Ya está, ya lleva mi marca para siempre.

Me acerco su muñeca a los labios y deposito un beso justo al lado de la cinta. Amelia se estremece y vuelvo a colocarle la mano encima del cristal. Me acerco más a ella, nuestros cuerpos están pegados. Me aparto una vez más y con movimientos bruscos me quito la camiseta.

Ahora puedo sentir la piel del estómago de Amelia rozando la mía, la tela del sujetador rozándome los pectorales. Los extremos del vestido tocándome los antebrazos. Le muerdo el cuello y deslizo poco a poco mi boca por su garganta. Detengo los labios encima de un pecho y paso la lengua despacio por encima del sujetador, varias veces, hasta asegurarme de que le queda empapado con mi saliva. Me aparto y soplo. Ella echa la espalda hacia atrás.

—Quieta.

Vuelvo a soplar y, cuando veo que es incapaz de obedecer, le atrapo el pezón entre los dientes.

—Oh, Dios mío —murmura Amelia.

Sonrío y me retiro un poco sin soltar el pezón, tirando de él. Ella respira entre los dientes y unas delicadas gotas de sudor empiezan a deslizarse entre sus pechos. Suelto el pezón y, antes de que ella pueda suspirar, capturo el otro y le hago lo mismo.

Amelia tiembla y mueve la cabeza de un lado a otro, pero no vuelve a apartarse de la ventana.

—Vamos a ver si soy capaz de lograr que te corras así.

Sigo lamiendo y mordiéndole el pezón por encima del sujetador. Tengo una mano apoyada en el cristal, justo al lado de su hombro; la otra se la coloco encima de las braguitas. Amelia tiembla y noto que intenta mover las caderas.

—Quieta —le repito y, para dejarle claro que no puede moverse, le muerdo el pezón.

—Daniel...

Tiro de las braguitas para separarlas un poco y deslizo la mano dentro. El calor de Amelia me quema.

—Me muero de ganas de follarte.

—Daniel.

Ella mueve las caderas y yo la penetro con un dedo, pero lo dejo completamente inmóvil. Las paredes de su sexo me tienen prisionero y mi miembro se aprieta contra la cremallera de los vaqueros.

—Si te mueves, me voy.

Amelia se queda completamente inmóvil y yo empiezo a mover muy despacio el dedo y a succionarle de nuevo el pecho. La siento vibrar por dentro y mi cuerpo se pega más al suyo. Si pudiera, me fundiría con ella. Nuestras pieles están tan calientes que creo que podría conseguirlo.

—Daniel —susurra.

Le suelto el pezón y me aparto ligeramente, sólo lo suficiente como para poder verla. Hay algo en su voz que me obliga a mirarla a los ojos. Me topo con la venda de raso que me lo impide y me pongo furioso. Tiro frenético del trozo de tela, sin pensar que al hacerlo estoy rompiendo por primera vez una de mis reglas, y me quedo como hipnotizado al comprender lo que de verdad está pasando; nunca he mirado a una mujer a los ojos al alcanzar el orgasmo. Un orgasmo que sólo va a tener si yo se lo permito.

Detengo la mano y Amelia se humedece el labio inferior. Sé que va a hacer algo que sacudirá todavía más mi mundo, pero no me atrevo a impedirselo. Una parte de mí empieza a ser consciente de que necesito que ella me provoque, que me enseñe lo que necesito de verdad.

Los dos estamos quietos, al límite. Su sexo tiembla alrededor de mi mano, mi miembro está húmedo y los testículos incluso me duelen. Y cuando Amelia levanta la mano izquierda del cristal de la ventana, mis ojos y los suyos siguen el movimiento.

Trago saliva, tendría que decirle que no puede moverse. Tendría que cumplir mi amenaza de apartarme y mandarla de vuelta a su casa sin terminar.

Voy a decírselo.

Ella pone la mano encima de mi estómago y noto la cinta de cuero rozándome el ombligo.

Tiemblo.

Me estremezco.

Aprieto los dientes para que no se dé cuenta y para fingir que no

ha pasado.

Desliza la mano por encima de mis vaqueros. La noto temblar, siento su tacto a través de la tela.

Apoya la palma encima de mi miembro y presiona ligeramente.

Dios.

Noto sus ojos en mí (yo los tengo fijos en su mano) y me obligo a mirarla.

—Córrete, Daniel.

Dios mío.

La mañana siguiente, y después de dormir con la cinta enredada entre mis dedos, por fin pude colgar en ella la llave de mi apartamento y meterla dentro de una cajita. Llegué al bufete como de costumbre; nadie parecía darse cuenta de la batalla que estaba librándose en mi interior. Ni siquiera yo, probablemente. A esas horas todavía no había nadie, así que fui a la mesa de Amelia para dejarle la caja, antes de que pudiese volver a preguntarme si no sería mejor que la olvidase.

Y me marché a la piscina.

Esa noche, Amelia vino a mi apartamento por primera vez. Aunque viviese mil vidas, jamás olvidaré lo que sucedió cuando la vi salir del ascensor. Ella me hizo unas preguntas, todas comprensibles, teniendo en cuenta lo que yo le había pedido, y yo se las contesté, pero de repente movió la mano izquierda y entonces la vi.

—Es la cinta de la llave. ¿Por qué te la has puesto aquí?

—No lo sé —respondió.

—No te la quites. Mientras estemos juntos, no te la quites. —No le solté la muñeca, sino que se la apreté con más fuerza.

—De acuerdo —me contestó.

Se la quité el día que me dejó.

Amelia y yo estuvimos juntos noventa días.

Y tengo intención de recuperarla. Por eso he decidido dejar de comportarme como un cretino y coger el coche en plena noche para volver a Londres.

Lo que sucedió entre nosotros no puede acabar así, sencillamente, no puede. Sé que fui muy drástico; no tendría que haberle quitado la cinta cuando me dijo que no estaba dispuesta a seguir adelante con lo que yo le había pedido.

Yo había tenido toda la vida para prepararme para ese momento y ella sólo un fin de semana. Amelia me había dicho que no podía hacer lo que le pedía, no que no quisiera hacerlo, y yo... no la había escuchado. Estaba demasiado expuesto, me sentía muy vulnerable después de reconocer en voz alta lo que de verdad necesitaba, y la respuesta de ella me dolió.

Me avergüenza reconocerlo, pero me dolió tanto que quise echarla de mi piso, y de mi vida, cuanto antes.

Pensé, equivocadamente, que quizá así la olvidaría, que quizá así todo volvería a la normalidad. ¿A qué normalidad? Los últimos tres meses habían sido los únicos que merecían la pena de toda mi vida, en especial las últimas semanas.

Recuerdo incluso un día, un instante, en que pensé que era feliz. Yo, Daniel Bond, feliz.

Fue el día siguiente de que le contase cómo, o mejor dicho, quién me había hecho la cicatriz de la ceja.

Yo estaba en mi apartamento, repasando un caso; me había ido del bufete porque sabía que Rufus Howell y su abogada iban a pasarse por allí y no tenía ganas de encontrarme con él. Se suponía que Amelia iba a venir a las nueve, como siempre, pero a eso de las ocho menos cuarto oí que se abría la puerta. Ella era la única que tenía llave.

—¿Daniel? —Asomó indecisa la cabeza por la puerta—. ¿Estás en casa? ¿Puedo entrar?

Sonreí desde el sofá, estaba seguro de que si yo no hubiese estado, Amelia no se habría atrevido a entrar. Ella era así.

—Estoy aquí —le respondí en voz alta—. Pasa.

Lo hizo y se detuvo junto a la mesa. Llevaba algo en la mano, una caja de cartón rosa con un lazo blanco, y la movía nerviosa entre los dedos, como si no supiera muy bien qué hacer con ella.

—Aunque yo no hubiese estado, podías entrar igualmente —me sorprendí diciéndole.

¿De verdad me parecía bien que Amelia estuviese sola en mi apartamento? Extrañamente, sí.

—Oh, no, no podría —se apresuró a contestar ella—. Te habría esperado abajo. Además, no habíamos quedado hasta las nueve.

Tendría que decirle al portero que si algún día venía Amelia y yo no estaba, se encargase de hacerla subir.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté, al ver que seguía balanceándose sobre los talones.

—Magdalenas de chocolate —dijo sonrojándose—. El otro día —carraspeó—, el otro día te comiste la de Stephanie.

—Ah, sí, me acuerdo, y me lo hizo pagar muy caro. —Sonreí y Amelia pareció relajarse.

Tomó aire y se acercó al sofá.

—Son para ti.

—¿Para mí?

Enarqué una ceja y cogí la caja tras dejar los papeles que seguía sujetando entre los dedos.

—Sí. Esta tarde, cuando te has ido, parecías... cansado.

Supe que no había querido decir eso, pero al parecer ése había sido el adjetivo con el que al final se había atrevido a definir mi estado de ánimo.

—No quería toparme con Rufus.

Pero ¿qué me pasaba? ¿Bastaba con que me trajera unas

magdalenas para soltarme la lengua?

Amelia tuvo el acierto de no preguntarme nada más.

—Le he preguntado a Stephanie dónde podía comprarlas y... — se sentó a mi lado pero no me tocó— y he venido a verte.

Creo que hasta entonces nadie había «venido a verme» sin más. Normalmente, la gente que se interesaba por mí era porque quería algo a cambio. Menos Amelia. Casi sin darme cuenta, deslicé una mano por encima del sofá hasta encontrar la de ella y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Gracias —le dije y luego bromeé con voz algo ronca—: ¿Qué te ha pedido Stephanie a cambio de darte la dirección de la pastelería?

Amelia se rió por lo bajo, aunque vi que tenía los ojos fijos en nuestras manos.

—Me parece que tendré que pasarme dos semanas archivando expedientes.

—Ésa es mi Stephanie.

—¿Estás bien, Daniel?

—Claro —respondí demasiado rápido—. Últimamente han sucedido muchas cosas —opté por añadir tras un leve suspiro.

—Ya. Bueno, para mí estos últimos meses han sido... intensos.

—¿Demasiado?

Amelia tardó unos segundos en contestar, de hecho, pensé que no iba a hacerlo.

—No.

Nos quedamos en silencio sin soltarnos la mano. Ella tenía la cabeza levemente agachada, pero ahora parecía estar más tranquila que cuando había llegado. Yo también. Estaba mucho más tranquilo ahora que antes de verla.

Y además estaba muy excitado; había bastado con que oyese el sonido de la llave girando en la cerradura para que mi miembro presionase contra la cremallera del pantalón. Pero dejando a un lado mi, al parecer instantáneo, deseo por Amelia, cuando ella estaba cerca me sentía más tranquilo.

¿Feliz?

Noté una gota de sudor recorriéndome la espalda.

—Vamos arriba —dije entre dientes, porque el deseo estaba a punto de ahogarme.

Tiré de ella para ponerla en pie y subimos la escalera con los dedos entrelazados, pero le solté la mano cuando nos detuvimos

frente a la cama.

Amelia se quedó quieta mirándome, esperando.

Me acerqué a la ventana y corrí la cortina. Esa noche no quería que nada se interpusiese entre nosotros, ni siquiera la silueta de la ciudad. Después, fui al baño y volví con unas velas y una caja de cerillas. Coloqué las velas en la mesilla de noche y las encendí. Respiré hondo un segundo, buscando —en vano— el modo de tranquilizarme, y me acerqué a Amelia.

—Extiende las manos.

Ella enarcó una ceja a modo de pregunta y yo saqué del bolsillo del pantalón unas esposas.

—No te harán daño —le expliqué, mirándola a los ojos y sin ponérselas—, pero no podrás soltarte las manos mientras las lleves.

—¿Y la venda, vas a ponérmela?

Amelia siempre me retaba. Estaba dispuesta a aceptar que le colocase las esposas, pero sólo si yo también arriesgaba algo.

—No.

—De acuerdo.

Extendió las manos.

Yo se las cogí, pero dejé las esposas en la cama. Antes de ponérselas quería desnudarla. Le levanté las manos y le besé las muñecas.

—No te muevas —le dije.

Empecé a desnudarla. Botón a botón le quité la camisa y deslicé la prenda por sus brazos. La falda se la desabroché desde atrás, y le besé la nuca y la espalda mientras se la quitaba. Amelia se quedó en ropa interior mientras yo seguía completamente vestido. La rodeé y me coloqué delante y ella volvió a extender los brazos.

Le puse las esposas. El clic del metal resonó en el dormitorio.

—Ven.

Al principio había pensado pedirle que se tumbase en la cama y atormentarla durante horas antes de follármela como tanto necesitábamos los dos, pero al ver el modo en que le brillaban los ojos, cambié de opinión y la llevé al cuarto de baño.

No encendí la luz, pero dejé la puerta abierta y, gracias a las velas y a la ventana que había al fondo, podía verla perfectamente. Y ella podía verme a mí.

—Pon las manos aquí—. Se las coloqué encima de la barra de las toallas—. Y no te sueltes. —Yo estaba detrás de ella y le cogí el mentón entre dos dedos para levantárselo—. Y no cierres los ojos ni

apartes la vista.

Estábamos frente al espejo.

Amelia asintió y se humedeció los labios. Las pupilas se le dilataron y vi que tragaba saliva. Y que no dejaba de observar sus propias reacciones en su reflejo.

Me pegué a su espalda y miré directamente al espejo. Agaché despacio la cabeza sin dejar de mirarla y le lamí el cuello. Cuando vi que Amelia se estremecía, la mordí. Ella sujetó la barra de las toallas y apretó las nalgas contra mi erección.

—Quieta.

Levanté una mano y le di un cachete en la nalga derecha. Amelia se mordió el labio inferior y yo estuve a punto de correrme. Seguí recorriéndole la espalda con la boca, besándola, lamiéndola y mordiénola. Cada vez que ella se movía, aunque fuese un poco, le daba un cachete en las nalgas, excitándonos cada vez más a ambos.

—Si vuelves a moverte —le dije mientras me desabrochaba el cinturón—, no volveré a tocarte.

Ella no había cerrado los ojos ni un momento, aunque, a juzgar por lo sonrojada que estaba, era evidente que jamás había hecho algo así con nadie (mejor: me habría sentido tentado de matar al pobre bastardo).

—Eres maravillosa —le dije, agachando levemente la cabeza para lamerle la oreja, pero ella giró la cabeza.

Reaccioné justo a tiempo de sujetarle el mentón.

Iba a decirle que no podía moverse, que había desobedecido y que iba a tener que sufrir las consecuencias. Pero los ojos de ella se clavaron en los míos sin inhibiciones, diciéndome claramente lo que sentía, retándome a estar a la altura.

Qué mujer tan valiente. Tan sensual..., tan mía.

Me lancé encima de ella. La besé sin delicadeza y sin control y con más pasión de la que había sentido nunca. Con una mano le retuve el rostro, separándole los labios para perderme en lo más profundo de su boca. Con la otra me desabroché los botones de los vaqueros, le bajé las braguitas y me cogí el miembro para penetrarla con un único movimiento.

Los dos nos estremecimos al mismo tiempo.

Amelia arqueó la espalda y movió las nalgas hacia atrás, yo empujé hacia delante hasta clavarla contra el mueble del baño.

No dejamos de besarnos. Nuestras lenguas batallaron. La mordí. Me mordió. Aparté la mano y se la coloqué en la cintura para retenerla.

Si Amelia daba un empujón más, todo terminaría. Apreté los dedos con fuerza, seguro de que le quedarían marcas, pero no me importó. Me excité aún más sólo de pensarlo; mis dedos marcados en su piel.

Empecé a mover las caderas, primero despacio, muy lentamente, disfrutando de la cárcel que era su sexo para mi pene. Pero la lengua de Amelia iba a volverme loco, sus gemidos se colaban dentro de mi boca, su saliva me estaba convirtiendo en adicto. Aparté los labios de los suyos.

—Mira. —Con una delicadeza que no casaba con la furia que dominaba los movimientos de mis caderas, le giré la cabeza hasta que volvió a mirar hacia el espejo—. Míranos.

Ella tragó saliva, me miró fijamente a los ojos durante unos segundos eternos en los que mi pene tembló y se excitó todavía más, y entonces asintió.

Le aparté la mano del mentón y la bajé hasta su cintura. Sujetándola con ambas manos, empecé a moverme como quería, como ambos necesitábamos. Apreté los dientes y mantuve también la vista fija en nuestro reflejo; en los ojos de ella.

Supe el instante exacto en que alcanzó el orgasmo y no porque notase que su sexo se estremecía, o que las piernas amenazaban con dejar de sostenerla, sino por sus ojos. Ver el placer reflejado en ellos fue lo más excitante, maravilloso, erótico y sensual que había visto nunca. Fue demoledor.

Me temblaron las manos y tuve que sujetarme a Amelia; mis piernas se clavaron en el suelo para que mis caderas pudieran moverse frenéticas. Eyaculé dentro de ella.

Jamás había alcanzado un orgasmo sólo con mirar a los ojos a una mujer y de repente comprendí que ella también se corría porque estaba mirando los míos.

—Amelia —dije con voz ronca.

Tenía los nudillos blancos de lo fuerte que me sujetaba a su cintura; mis caderas seguían moviéndose y mi miembro estaba completamente excitado; estaba a punto de correrme por segunda vez.

Ella me miró y un escalofrío la recorrió. Arqueó la espalda y echó la cabeza un poco hacia atrás para poder apoyarse en mi hombro.

Sin dejar de mirarme a los ojos en el espejo, susurró:

—Daniel.

Volví a correrme. Lo único que necesité fue que dijese mi nombre y notar que ella alcanzaba también un segundo orgasmo.

Lentamente, nuestros cuerpos dejaron de temblar. Cuando noté que a Amelia le fallaban las piernas, me aparté con cuidado y la cogí en brazos. La tumbé en la cama y le quité las esposas. Y ella me sonrió.

Sí, esa noche fui feliz.

Tenía que volver a Londres y hablar con ella. Tenía que decirle que podía esperar, que iríamos a su ritmo y que estaba seguro de que tarde o temprano los dos seríamos exactamente lo que el otro necesitaba. No existía ninguna otra mujer para mí y no existía ningún otro hombre para ella.

Necesitaba contarle la verdad sobre mi pasado, sobre mi familia. Y necesitaba explicarle lo que había averiguado. No me importaba que mi vida corriese peligro, pero jamás permitiría que a ella le sucediese nada malo. Había llegado el momento de atar todos los cabos sueltos de mi vida y de empezar a pensar en el futuro.

El coche de atrás me dio un golpe y las ruedas del Jaguar patinaron.

—Pero ¿¡qué diablos!?

El mismo coche, un todoterreno negro, volvió a golpearme. Esta vez con más fuerza y determinación. Pisé el acelerador y noté que algo iba mal.

Todo sucedió muy de prisa y al mismo tiempo a cámara lenta.

Mi coche chocó contra el muro que rodeaba lo que parecía ser un pub con un ruido ensordecedor. El todoterreno desapareció en medio de la noche y los clientes de la taberna salieron a ver qué pasaba.

Apenas recuerdo nada, sólo las luces de la ambulancia y un dolor horrible atravesándome la cabeza.

Cerré los ojos.

«Los abriré cuando venga Amelia.»

Si quieres saber más, si deseas saber qué le dice Daniel a Amelia después de besarla por primera vez en el baile de máscaras, o qué sucede en la casa de campo de él, o en su apartamento cuando la posee por primera vez, o qué pasa con la cinta de cuero, o si sencillamente te apetece conocer la versión de Amelia de su historia de amor, no te pierdas *Noventa días*, la novela de Esencia en la que descubrirás todos los detalles sobre la increíble pasión entre Daniel y Amelia y donde averiguarás si Daniel recupera finalmente la conciencia.

La cinta

M. C. Andrews

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47